

## LA AMERICANISTICA DE J. IMBELLONI

El pasado de América ha ejercido desde la época del descubrimiento una extraña fuerza de atracción sobre las mentes curiosas. Puede decirse que con el afirmarse del conocimiento de América, aumentaban también los interrogantes y los enigmas, al mismo tiempo que los hombres consagrados a su solución. Pero estas búsquedas febriles no pudieron siempre acompañarse con una preparación adecuada, ni espiritual ni doctrinaria.

Los primeros cronistas de la Colonia naturalmente carecieron, aún, de criterio científico; su tarea esencial consistió en incluir las nuevas tierras en el concepto cristiano del Universo, y de este modo se convirtieron involuntariamente en difusores y a menudo autores de un sinnúmero de errores y tergiversaciones, que fueron presentadas más tarde en los "siglos de las ciencias" con la autoridad de casi-dogmas.

Con la formación de las Repúblicas actuales, comenzó una época caracterizada por un romanticismo más atrevido y perdurable que su hermano europeo. Este romanticismo, peculiar de pueblos jóvenes y pujantes, consideró generalmente a las antiguas civilizaciones como gloriosos antecedentes de la independencia. La consecuencia ha sido el desmembramiento de antiguos núcleos de civilización y el aislamiento artificial de muchas formas comunes. Esta prolongada época romántica se ha continuado tardíamente entre artistas, poetas y escritores, y no siempre ha favorecido la investigación circunspecta y objetiva.

Finalmente, en el siglo XX, cuando ya parecía consolidada la indagación controlada del pasado americano por obra de prestigiosos especialistas, aparece otra corriente he-

roica, esta vez con impulsos económico-proletarios, intentando la reivindicación de la antigua población indígena como modelo de vida socializada. Los pintores mexicanos, los novelistas ecuatorianos, los escritores peruanos de esta tendencia, han enriquecido la vida intelectual de América con interesantes obras de esta tendencia más o menos utópica y seguramente preterhistórica.

Pero los más austeros espíritus del Continente consideran que, al lado de todas estas expresiones inspiradas por las "voces del corazón", la madurez de nuestra época reclama sobre todo la silenciosa y objetiva investigación de la ciencia, la sola capaz realmente de develar el "misterioso y apasionante pasado".

Este ambiente encuentra el doctor Imbelloni cuando, después de una laboriosa y meticulosa preparación científica, se dedica de lleno a los problemas americanos, que no abandonara hasta hoy. Percibido el peligro y la multiplicidad obsesionante de la tarea, sus procedimientos serán: 1) despojar el terreno de las malezas que de todos lados obscurecen la americanística; 2) adoptar para cada rama del intrincado problemario, la lógica y la técnica de las ciencias particulares y emplear los criterios correspondientes; 3) a los resultados conseguidos con el frío empleo de tales medios diferenciales, infundir el calor de la vida, sin abusar un solo ápice, sin embargo, en la adecuación de las formulaciones sintéticas.

El primer libro de este autor y por cierto uno de los más atractivos (1), es el que representa con mayor eficacia el primer punto. Reune el autor un material inmenso con la finalidad de hacer resaltar el carácter romántico de muchas obras que en la literatura ocupan lugares culminantes. Con espíritu dialéctico fino y una erudición extraordinaria, derriba una tras otra cientos de teorías que pretendieron brindar soluciones sensacionalistas. Caso tras caso, demuestra que sus autores han intentado formular sendas síntesis de los problemas, con la omisión de antecedentes analíticos adecuados.

---

(1) *La Esfinge Indiana. Antiguos y nuevos aspectos del problema de los Orígenes Americanos*. Buenos Aires, 1926.

«Construyeron pirámides empezando por la cúspide...». Imbelloni comprueba la absurdidad de la supuesta migración de los Súmeros a América, las abusivas generalizaciones de la escuela de Manchester, la falta de pruebas convincentes respecto a la expansión de la llamada "civilización heliolítica", la consagración de las especulaciones sobre algunos relatos de Tiahuanaco, que han terminado por convertirse en el lugar común de todo *dilettante*. Distingue dos americanísticas: la primera imaginativa pintoresca y heroica, la otra, crítica, silenciosa y lenta, que se mantiene casi desconocida por el público.

Reconoce, por cierto, que el problemario presenta al investigador incógnitas extremadamente complejas, y las formas culturales del Continente son tan ampliamente variadas que la literatura analogista pudo fácilmente encontrar gran número de correlaciones engañosas. Concidiendo con *Paul Rivet*, afirma que la mayor dificultad consiste en que los antropólogos, etnógrafos, arqueólogos y lingüistas, no se cuidan, o no se cuidan más, de intentar la comparación y la coordinación de los resultados que ellos obtienen en sus diferentes campos de estudio. Por ello declara que se necesita: 1º, tratar como ficticia toda analogía que un antropólogo, etnógrafo o lingüista haya fundado sobre un hecho singular; 2º, rechazar, por seductora que fuese, toda prueba antropológica, arqueológica o lingüística que no tenga correspondencia en cada una de las demás disciplinas. El postulado de esta triple concordancia lo veremos aplicado en realidad por él, en todos los aspectos de su actividad sucesiva.

Diez años más tarde aborda Imbelloni las cuestiones teóricas en su *Epítome* (2), donde fija su posición referente a los métodos de la etnología y sus relaciones con otras ciencias. El autor no pertenece ya, por cierto, a la generación que creyó ciegamente en las artificiales construcciones del pensamiento evolucionista y racionalista, así como en el progreso indefinido. Por otra parte, siente poca afinidad con la llamada "escuela sociológica", cuya culminación está representada por

---

(2) *Epítome de Cultorología*; Biblioteca Humanior, Sección A., tomo I. Buenos Aires, 1936.

el *sociomorfismo* de Durkheim; aunque no niegue la importancia de las invenciones materiales y sociales, pone el acento en el patrimonio mental de cada cultura.

Al esbozar la doctrina de las culturas, afirma con Goldenweiser que el *hombre es uno, y las civilizaciones muchas* —en clara oposición a la antigua doctrina de Tylor. Una cultura en sí es un “tipo de civilización” constituido por cierto número de invenciones asociadas y coherentes, como fructificación de una convivencia que ha producido sinergias fabriles y fuerza volitiva y mental organizada. Las distintas formas culturales no solamente se presentan como entidades definidas territorialmente, sino como conjuntos vitales susceptibles de realizar una vida autónoma. La clasificación de Imbelloni, que se apoya en la experiencia y las formulaciones de la escuela histórico-cultural, es ordenada y clara y abarca 13 ciclos desde las formas primordiales de la cultura hasta el ciclo de los Grandes Estados.

Enérgicamente se opone al determinismo geográfico, que en el grado de la civilización ve solamente el efecto de las condiciones del clima y del suelo. Renueva y revivifica la vieja tesis de Ratzel, que la transmisión del patrimonio cultural se realiza por la movilidad de los grupos humanos sobre la superficie de la Ecúmene; la migración es así, en resumidas cuentas, el hecho preponderante de la historia del planeta. Por eso Imbelloni juzga infecunda la lucha a muerte entablada entre las tres rígidas interpretaciones de toda correlación etnológica: *dependencia, convergencia y monogenismo*. Los modernos criterios de *forma y cantidad* han venido a facilitar enormemente la distinción entre las invenciones elementales (de tendencia convergente) y las complejas (dependiente), lo que permite seguir con sentido etnológico-histórico la circulación de organismos y formas.

En la ciencia etnológica merece siempre creciente atención la disciplina que Imbelloni denomina *culturología*, destinada a investigar la vida de las culturas como producto de la actividad de las sociedades humanas. Imbelloni reconoce que puede ser objeto de discusión la exacta separación entre culturología e historia, pero protesta airadamente contra cualquier

distinción entre pueblos *salvajes y primitivos* y pueblos *civilizados*. Se opone a la conocida teoría de Lévy-Brühl sobre la supuesta mentalidad prelógica del "hombre primitivo". Pene-trado de un profundo sentido humanista, está convencido de que tales aberraciones pudieron nacer de elementales confusio-nes nomenclatorias, y se volverán imposibles cuando se consiga establecer con mayor precisión y rigor en qué consiste lo humano. Por su parte, está tan lejos de los premeditados fines de los apóstoles, como del infructuoso juego racionalista; su método de trabajo es un moderado empirismo y sobre todo la sobriedad intelectual.

Con Keyserling, siente el anhelo de descubrir al *hombre integral* y quisiera comprender la vida en su conjunto. Frente al nuevo ensanchamiento de la perspectiva humana, después del Renacimiento y el Humanismo —dice— "no puede faltar hoy el imperativo de implantar nuestros juicios sobre una base egoísta y limitada, que tenga en cuenta no sólo las tendencias morales y sociales de nuestra capa cultural más reciente, sino la suma de todos los ciclos culturales que se han desarrollado en la tierra. Únicamente de tales ciclos y formas, que no son ya vaporosos e imaginarios, sino concretos, definidos numéri-camente y conocidos en su mecanismo vital, y de su conjunto polimorfo, pero esencialmente uno, puede surgir la imagen de aquéllo que los filósofos desde algún tiempo se esfuerzan en representar con la denominación de *hombre integral*" (3). Los valores espirituales de una orientación semejante pueden ser bases sólidas para un neo-humanismo de nuestros días. Imbelloni es un fervoroso partidario de esta idea, y cuando inicia la publicación de su *Biblioteca americanista*, no eligió de pura casualidad su título: *Humanior*.

Un ejemplo de esta posición, dominante en su espíritu, lo encuentra el lector incluso en el libro dedicado a las defor-maciones del cráneo y de otras partes del cuerpo humano, en cuyas primeras cien páginas desarrolla —con gran escándalo de los craneólogos pedestres— su muy interesante *doctrina*

---

(3) *Epítome*, etc., pág. 12.

*humanista de las deformaciones corporales* (4). Discute con insistencia la posición de Taylor, para quien la deformación es una aberración, una monstruosidad de los "salvajes", producto de la pobreza psíquica y estética y de la torpeza febril. Tampoco acepta la explicación de Ranke, quien ha visto en las deformaciones la expresión del deseo de asemejarse a los animales totémicos: un zoomorfismo. En general, no comparte la convicción de los investigadores que fueron impelidos a exagerar sin medida el carácter elevado o civilizado del hombre blanco. La hipótesis de Imbelloni es que: 1), "esas prácticas suponen un cierto número de deseos, creencias y apetitos, los cuales han hecho sentir un vigoroso impulso en las capas humanas que fueron autoras de las respectivas invenciones culturales y técnicas; 2), tales impulsos no representaban un estado espiritual cualitativamente distinto del nuestro, pues se encuentran representados en nuestra psiquis, no ya como supervivencias de una época bárbara antecedente, sino como elementos perennes de la naturaleza del Hombre". No se omita que los 25 números bibliográficos de Imbelloni dedicados a las deformaciones (monografías, notas, libros, cursos de conferencias) han sido reclamados, en el fondo, por la presencia y ubicuidad de los deformados en el territorio americano.

En el delicado problema del origen y composición de la población americana, en vista de su enorme complejidad y del estado inicial de las investigaciones, en vez de teorías categóricas Imbelloni propone el mejoramiento de los métodos y la coordinación del material atingente a la raza, a la lengua y a las costumbres. Únicamente los resultados que se basan en esta triple conexión, tienen la necesaria seriedad. Rechaza el mito de la existencia de un *Homotipo Americano* ya muy viejo, pero restaurado en tiempos modernos, considera que lo más importante para el problema del hombre americano está constituido en la inteligencia de los factores de migración e hibridación. Otra característica de sus investigaciones la constituye el ordenamiento "jerárquico" de los criterios de clasificación:

---

(4) *Deformaciones intencionales del cuerpo humano de carácter étnico*; *Humanior* Sección A, tomo 3. Buenos Aires, 1936.

en primer lugar los caracteres estructurales (cráneo, esqueleto, etc.), y los bioquímicos (isohemoaglutinación); el color de la piel, ojos y pelo son para él factores secundarios. En cuanto al poblamiento de América, distingue dos fases en su largo proceso: 1), la formación de contingentes metamórficos en territorios pertenecientes al Viejo Mundo; 2), el metamorfismo en territorio americano, que trató de anular ciertas diferencias de origen, con la tendencia a la creación de rasgos ortogénicos. Acepta sencillamente la existencia de siete u ocho olas migratorias llegadas al doble continente americano a través del Pacífico y desde el sector nororiental del Asia, pero no asigna un lugar primario a la búsqueda de las rutas de las migraciones, presintiendo intuitivamente el peligro que corre el investigador obsesionado por el criterio unilateralmente geográfico. Sobriedad y precaución caracterizan a Imbelloni en esta monografía, que salió primeramente en California, luego en Buenos Aires, Viena y Madrid. (5).

En lo que atañe a la clasificación, Imbelloni ha expresado una negativa categórica, denunciando que es contrario a todos los hechos morfológicos conocidos, clasificar al hombre americano a guisa de una rama colgante del tronco de la raza mongólica (6). En la etnografía pudo encontrar un punto de apoyo positivo: la relación de América con el Pacífico, comprobada por la concordancia de una serie de hallazgos ininterrumpidos, puestos en cadena, luego la concomitancia de numerosos trasplantes que llegan a formar casi por entero el contenido de ciertos tipos de cultura material y moral de América. El hecho que determinados patrimonios culturales del hombre de América tienen relaciones, inmediatas o mediatas, con el hombre de Oceanía, no quiere demostrar que toda la población de América procede de esa fuente, sino que a la unívoca representación del ingreso por Alaska y Behring, hay que agregar la ruta marítima a través de las guirnaldas de islas del Gran Océano.

(5) *The peopling*. Los Angeles, 1943.

(6) *Le première chaîne isoglossématique Océano-Américaine*. Viena, 1922.

Siempre deseoso de confirmar mediante la lingüística las revelaciones de la antropología y la etnografía, hizo público en 1928 el descubrimiento de una cadena isoglosemática oceanoamericana, que ha constituido una de las mayores afirmaciones de su carrera americanista (7).

En el caso de la palabra *toki*, no sólo establece un puente lingüístico que une el territorio de América a los archipiélagos del Pacífico, sino demuestra que por derivaciones lexicales puede captarse un considerable número de formas rituales, objetos y configuraciones sociológicas que, connaturalizadas con una palabra, han penetrado en la vida material, social y moral de las sociedades precolombinas de América. En sucesivas publicaciones sobre la cadena de los glosemas oceánicos *Kumara*, *Amu* y *Hapay*, aclara que no intenta la identificación de los idiomas andinos y oceánicos, sino la demostración de la continuidad de algunos elementos idiomáticos y culturales, que estaban en circulación entre el continente americano y Oceanía (8).

¿Y por qué modo fueron surgiendo, uno tras otro, en la mente de este autor, los distintos sectores de indagación, o, hablando más subjetivamente, los sucesivos centros de curiosidad? Imbelloni nos revela en gran parte este mecanismo mental en su curioso escrito de 1946, cuando afirma que "un tema no se agota por sí mismo en caso alguno, porque innumerables desprendimientos de curiosidad y continuidad cognoscitiva enlazan incesantemente el primer núcleo con distintos núcleos temáticos nuevos..." (9).

En definitiva, se trata de una sucesión de etapas las cuales corresponden a los distintos aspectos de ciertos centros de curiosidad científica, y se articulan en ellos al modo de los muchos tientos de una anémone, a lo que corresponde agregar que esos distintos centros primarios, a su vez, y a pesar de su aparente heterogeneidad, están articulados estrechamente uno con otro.

(7) *Tabla clasificatoria de los Indios. Regiones biológicas y grupos raciales de América*. Buenos Aires, 1938.

(8) *Kumara, Amu et Hapay*. Mendoza, 1940.

(9) *Cómo se hace la crítica de un libro*. México, 1947.

He aquí de qué modo una indagación que parecería enmarcada en la historia antigua del Mediterráneo y del llamado Oriente, viene a transformarse en las manos de Imbelloni en un intenso capítulo de reconstrucción del pasado americano. El autor de esta reseña dedicará a este punto un lugar más destacado, ya que —por la índole de su propia especialización— no le es consentido tratar a fondo los sectores de la obra de Imbelloni dedicados a asuntos de biología humana, morfología y raciología, y prefiere dejar una semblanza menos borrosa de aquéllos que atañen a las disciplinas históricas, en particular a los aspectos de la cultura mental de los distintos ciclos.

Como acabamos de ver, ningún sector del vasto reino de las Ciencias del Hombre es ajeno a nuestro autor. El secreto de esta inaudita multiplicidad —él mismo lo ha confesado— consiste en una especie de «rotación de las tierras» —como él dice—, esto es, en el sistema de dedicar toda la atención y esfuerzo organizado a un solo problema o núcleo de problemas durante un período de tiempo, que varía de uno a cinco o diez años, si así lo requiere su complejidad, para luego pasar a otro núcleo, igualmente exclusivo.

Ya durante sus investigaciones anteriores, se había dado cuenta de que en las ciencias ha dominado hasta ahora la tendencia a exagerar, con casi exclusiva valuación, la importancia de los pueblos históricos en el desarrollo cultural y material de la humanidad. Bajo la influencia de la práctica arqueológica del viejo estilo se han descuidado los períodos iniciales de las civilizaciones clásicas, sin reconocer en ellas los elementos sobrevivientes de la edad »semibárbara«, y la generalidad se ha negado a leer con criterio de etnólogo las humildes páginas escritas en sus respectivos comienzos, por Egipto, Mesopotamia, Grecia y Roma, ingénuamente sobre-elevadas en el marco literario e histórico.

Es explicable que el filósofo, el historiador y el filólogo consideren terminada su tarea al llegar al límite de la historia propiamente dicha, y se inclinan a menospreciar todo lo anterior, sobreestimando en cambio el escaso valor inventivo de los primeros pueblos que pisan terreno histórico. De ahí la

tendencia a buscar el origen del caudal espiritual y material del hombre con exclusividad en las culturas egipcias, babilónicas, helénicas (10).

El criterio más amplio del etnólogo vió pronto la falsedad de esta posición. Imbelloni, tomando como ejemplo la doctrina de Empédocles, demuestra que no es una invención del pensamiento helénico, sino el eco de una doctrina ya muy remota, desintegrada luego en gran parte por la filosofía y los poetas. Confluyen de lejanos horizontes a este punto tres órdenes de investigación: la de las religiones de América, la dilucidación del problema crítico del Diluvio y la revaluación etnográfica de los llamados albores de la filosofía en el aspecto concreto de los sabios de Mileto. Imbelloni se vale de un conjunto de documentos cosmológicos y cosmogónicos legados por Sumer, Egipto, Etruria, China e India, y en América por los Mayas, Aztecas, Peruanos, etc., que en su totalidad representan áreas de culturas privilegiadas. En grandes líneas, son las culturas que Imbelloni en su clasificación distingue como «ciclo de las Grandes Monarquías», o culturas complejas, o protohistóricas.

Aunque la extensión en superficie de estas culturas es enormemente dilatada, es muy curioso que su patrimonio espiritual muestre analogías peculiares. Imbelloni trata de reconstruir, en lo de la vida mental, las características comunes de estas culturas, que han precedido sin solución a las primeras naciones de la historia. Una empresa realmente gigantesca, que necesitaba especiales dotes clasificadoras y vasta erudición. Al primer paso destaca el hecho significativo que tanto en el Nuevo Mundo como en Asia y el Mediterráneo la concepción numérica del espacio y del tiempo es regida en estos recintos culturales por el número cuatro. En esta lenta y fatigante investigación aplica un método especial, el *conocimiento intimista*, que consiste en saber despojarse de las teorías, sistemas y conceptos propios del momento, y «penetrar con infinita paciencia en el contorno espiritual» del pue-

---

(10) *Panorama mental de la protohistoria*, por Ricardo Orta Nadal, reseña bibliográfica. Buenos Aires, 1947/8.

blo productor de toda fuente <sup>(11)</sup>. En su camino encuentra un eminente predecesor en la persona de Giambattista Vico, sobre cuya obra escribe uno de sus más brillantes estudios.

El resultado final no pudo ser más sorprendente: el Ciclo de los pueblos protohistóricos del Mundo posee un patrimonio mental en grandes rasgos común, que Imbelloni denomina *Pensamiento Templario*. Consiste en "la formulación sumamente elaborada y de carácter cíclico, de todos los conocimientos adquiridos por el hombre en el estado de cultura que precedió inmediatamente a la historia". En este pensamiento el número cuatro es el clasificador y categorizador de las nociones míticas, mágicas y protocientíficas, que representan a su vez el núcleo fundamental del conocimiento humano. Su energía plasmadora se aplica al espacio horizontal, al volumétrico, al tiempo (los cuatro Diluvios de edades), a los colores, al año (cuatro estaciones), a las actividades humanas y al destino del hombre.

Para Imbelloni el Pensamiento reposa en la mentalidad mántica. Su carácter resalta en el impulso de anticipar el conocimiento de lo *fausto* y lo *infausto*, y en especial modo averiguar el lugar y el tiempo que conviene para la realización de todo acto humano. El hombre siente la necesidad de adivinar la suerte futura y saber cuál es el momento propicio para actuar. Las señales del cielo adquieren una importancia esencial. *Favor* y *disfavor*, *bien* y *mal*, *justo* e *injusto* se asocian y se disocian constantemente. Imbelloni denomina Pensamiento Templario el patrimonio mental de esta época, porque el *Templum*, esquema geométrico trazado mentalmente en el cielo o en la víscera palpitante de la víctima, anticipación a su vez de los trazados y edificios consagrados al culto, es el punto de partida para la repartición espacial y casi contemporáneamente para la división del tiempo en segmentos progresivos <sup>(12)</sup>.

---

(11) *La Linfa de la "Scienza Nuova" y sus manantiales*. Buenos Aires, 1945.

(12) *El Génesis, etc.*, Sexta Sección. Buenos Aires, 1943.

Ya Kant llamaba al espacio y al tiempo categorías, juicios sintéticos de la conciencia. Max Scheler habla de "las formas vacías" del tiempo y del espacio, en las cuales concibe el hombre primariamente, sumidas las cosas y los sucesos. "La raíz de la intuición humana de espacio y tiempo que precede a todas las sensaciones externas, está en la posibilidad orgánica espontánea de ejecutar movimientos y acciones en un orden determinado". A estas formas vacías Imbelloni añade el "vacío numérico" también existente en nuestra conciencia como categoría necesaria para la estructuración del juicio. "He tenido la evidencia que sus manifestaciones primordiales (el 2, el 3, el 4, el 5 y más tarde sus combinaciones) se conducen como elementos indispensables para concebir los objetos y los sucesos en su aspecto de pluralidad y diversidad durante las operaciones iniciales de la objetivación, las que permanecen todavía incompletas como tales, dominadas por lo subjetivo (13). A pesar del desenvolvimiento de los métodos cognoscitivos, no han desaparecido completamente estos cánones rítmicos, y siguen mostrándose hoy día en nuestra vida cotidiana (véase los trazados de varios juegos) sin que nos demos cuenta de su origen (14).

Aplicando el poder categorizador y clasificador del número, Imbelloni averiguó pronto que en las formulaciones religiosas de los remotos pueblos primero domina un ritmo binario, luego ternario y por último tetráctico. Estos estudios valiosísimos aparecieron en la serie "Religiones de América" que es un magnífico aporte a la reconstrucción de los bienes mentales de la protohistoria (15).

El proceso de creación y desarrollo de los dioses está condicionado por el desarrollo de la comprensión objetiva del mundo exterior; esta es la afirmación de Imbelloni. En la época de las culturas *Primarias* —según la clasificación cíclica

---

(13) *La Linfa, etc.*, pág. 98.

(14) *Concepto y praxis del Folklore como ciencia*; Bibl. Humanior, Sec. E., t. 6. Buenos Aires, 1943.

(15) Véase la enumeración en el artículo bibliográfico de R. Orta Nadal, intitulado: *Religiones de América, formas americanas del Pensamiento Templario*. México, 1948.

ca ya mencionada— la conciencia humana logra detener un solo plano cósmico, la bóveda celeste; el resto es amorfo e indiferenciado. Una concepción basada en el número 1 (16).

En las culturas *Constitutivas* se nota una diversificación, como resultado de dos diferentes desarrollos económicos y mentales, el primero dominado por la actividad masculina, el segundo por la femenina. Esta diferenciación se coordina con otras antinomias: Tierra-Cielo, Sol-Luna, Luz-Obscuridad, etc. Imbelloni demuestra que los «dioses de la creación» y los «animadores» de esta cultura son dobles, macho-hembra, y produce gran número de ejemplos traídos de las mitologías centro-americanas, babilónicas y egipcias. La perduración de este dualismo del pensamiento binario dejó claros vestigios en los géneros gramaticales. Igualmente se ha conservado en la filosofía china de taoísmo, que distingue dos elementos principales, siendo el *yin*, femenino, el estado de quietud y el *yan*, masculino o estado innovador, energía de fecundidad.

En las culturas que llama *Compuestas* asistimos a la integración de los elementos masculinos y femeninos. Aceptando muchas categorías de dioses anteriores, se origina el politeísmo, pero el todo encaja en el casillero que representa el criterio de clasificación propio de esta cultura, dominado por el número 3. Este pensamiento ternario concibió el Universo a imagen del microcosmo, en un sentido vertical. En resumen, podemos ordenar, en una cadena lógica el desarrollo de los conceptos hierológicos, determinado a su vez por la intuición progresiva del Universo.

- a) clasificador Unitario, culturas *primarias*;
- b) clasificador Binario, culturas *constitutivas*;
- c) clasificador Ternario, culturas *compuestas*;
- d) clasificador Templario, culturas *complejas*.

Imbelloni ha concentrado su atención en el Pensamiento Templario, que es propio del ciclo de las Grandes Monarquías. El material de investigación procede de un área muy vasta, por la extensión de este ciclo (China, Japón, India, Me-

---

(16) *De la Naturaleza de los Dioses (El Génesis, etc.)*, Sec. quinta. Buenos Aires, 1942.

diterráneo, Africa del Norte, América andina y Mesoamérica). Nuestro autor ha podido sacar buen provecho de las fuentes americanas, siempre comparándolas oportunamente con las del Viejo Mundo.

El mundo terrestre —nos dice el autor— aparece en la representación de este ciclo mental dividido en cuatro sectores, aparentemente iguales entre sí, pero en substancia distintos y determinados por los puntos cardinales. Cada uno de ellos no fué sólo una mera dirección, sino estaba rigurosamente definido por uno de los cuatro elementos, y además estaba en relación con una de las vísceras humanas, con la sede de un regente divino, de una virtud, de una suerte o destino, etc. Esta orientación la hemos heredado y luego yuxtapuesto en nuestros conceptos geográficos, pero ya despojada de todas sus valencias originales. El plano de las ciudades del ámbito templario consigue la tetrapartición por medio de cuatro principales caminos que confluyen en la plaza sagrada, centro de observación. Fué el Perú un *Tawantinsuyu* y el Cuzco el *umbilicus mundi*. El Cielo y la Subtierra fueron también tetrapartidos, con igual simetría, para que el Universo-espacio se mostrase en el aspecto de una unidad armoniosa (17).

Es muy característico, del punto de vista del debate sobre el tiempo y el espacio, que de un modo espontáneo la repartición del tiempo fuese establecida sobre la pauta del espacio, como si se tratara de una simple transposición de una a otra dimensión. “Los pueblos de este ciclo distinguen cuatro sucesivas Edades del mundo, a manera de cuatro ciclos vitales que se han sucedido en la tierra hasta el período presente, que es la quinta Edad. Cada Edad, o Sol, tuvo sus criaturas humanas peculiares, con sus costumbres y destinos, sus dioses, y no es difícil distinguir las íntimas relaciones de cada una de las Edades con un color, con un punto cardinal, un regente, un animal sagrado y un elemento” (18). Son estos elementos los que al final de una Edad provocan la destrucción del mundo,

---

(17) *La Weltanschauung de los Amautas, reconstruída: formas peruanas del pensamiento templario*. Lima, 1939.

(18) *La Linfa, etc.*, pág. 24.

cuyo número es también de cuatro. Imbelloni restaura la serie de destrucciones del modo siguiente:

1ª Edad, *Tierra*; 2ª Edad, *Viento*; 3ª Edad, *Fuego*; 4ª Edad, *Agua*.

De esta manera el antiguo y discutido enigma del Diluvio obtiene una más completa y honda interpretación. 1) “No es —dice nuestro autor— la imagen magnificada de una calamidad auténtica sufrida por los pueblos de la tierra, sino algo muy distinto: una creación del espíritu humano, surgida por la exigencia de organizar sus categorías científicas y morales. 2) No estaba por sí solo, sino formaba parte de un sistema, definido numéricamente y regido por el juego de los cuatro elementos. 3) La supervaluación de la catástrofe hídrica sobre las demás es efecto de mutilaciones recientes de aquel antiguo sistema” (19).

De este modo, al lado de la intuición física del Universo, percibimos la aparición de un impulso ético. Imbelloni no pelea en favor de la prioridad del sentido físico sobre el ético-jurídico; afirma sencillamente la existencia contemporánea del uno al lado del otro. Necesariamente tenía que producirse primero la ordenación de las nociones de lo Físico y lo Temporal, para que pudiese asociársele la otra componente, dando lugar a una síntesis equilibrada. Donde más claramente puede verse esta correlación entre las destrucciones periódicas y su sentido punitivo por los vicios del hombre, es en las antiguas tradiciones americanas de la creación.

Este es el esquema fundamental e intuitivo de las nociones que tenía el hombre protohistórico sobre el mundo. Lejos de ser una comprensión rudimentaria del micro- y del macrocosmos, la Doctrina de las Edades y más ampliamente el Pensamiento Templario representan formas iniciales, pero plenas, de filosofía de la historia. Están dominadas por una doble valoración del mundo: la una mejorativa-progresiva y su contraria peyorativa-degenerativa. “La serie conjunta de las Edades de América desarrolla una línea cíclica perfeccionista, pero

---

(19) *La Linfa, etc.*, pág. 20.

cada Edad, que también a su vez representa un ciclo, tiene después del comienzo y del período de estabilización, un período final, que es siempre un aniquilamiento". Todas estas revelaciones son de gran importancia, porque, facilitando el conocimiento de los rasgos espirituales del hombre protohistórico y su patrimonio mental, permiten fundar de un modo totalmente nuevo aquéllo que fué llamado "La Aurora del pensamiento filosófico".

El Pensamiento Templario con el correr del tiempo ha sido superado por el Pensamiento Sacerdotal, su lugar ocupado por las religiones históricas, y las primarias construcciones ontológicas y cosmográficas reemplazadas por otras más complejas. Sin embargo, puede afirmarse que fué en el ciclo del Pensamiento Templario y por su impulso que nuestras ciencias iniciaron la acumulación de sus datos experimentales: la astronomía, la geografía, anatomía, cronología, meteorología, medicina, etc.

Una genial aplicación concreta de la Doctrina de las Edades es el último libro de Imbelloni, *Pachakuti IX* (20). Es bien sabido que la historiografía de los Monarcas del Cuzco ya hace tiempo se halla en un punto muerto. Los investigadores han debido afrontar dificultades enormes y se han movido en un terreno inseguro, por las contradicciones e inexactitudes de los cronistas, que exigen una completa revisión crítica. Imbelloni lleva al cabo la ardua tarea de reconsiderar críticamente los métodos de la historiografía peruana y las mismas fuentes del Inkario, y por medio de sus propios criterios: *sentido de la historicidad y crítica combinatoria*, consigue dar respuesta a los problemas más confusos.

La aparente contradicción entre Montesinos y Blas Valera por una parte, y los demás cronistas por la otra, respecto al número de los reyes Inka, queda explicada con sorprendente luminosidad gracias a la Doctrina de Edades. Con su fino sentido analítico nuestro autor expone la múltiple significación de la palabra *Pachakuti*. Sirvió ella en su sentido prima-

---

(20) *Pachakuti IX*, (Humanior, Secc. D., vol. 22), Bs. Aires, 1946.

rio y original, para expresar el concepto rítmico del tiempo (destrucción-renovación) tan familiar al Pensamiento Templario; luego recibió un significado cronológico positivo (período de 1000 y 500 años) y terminó por transferirse al Inka Yupanki "reformador" del Estado, del Cielo y del Tiempo. La obra se desarrolla a lo largo de un profundo análisis de los problemas mitográficos y cronológicos. La solución —una luz en las obscuridades de la historia incaica— fué solamente posible gracias a la elaboración interior de lo esencial del patrimonio cultural de la época cuzqueña. Esta obra de Imbelloni no es apreciada aún en todo su valor, a pesar de que es una piedra fundamental de la futura historiografía peruana. Dijo con toda razón Imbelloni que "a raíz de nuestras averiguaciones, la antigua historia peruana pierde un poco de su firmeza presuntosa, artificial y verbalista, pero se agranda en perspectiva y se ahonda en posibilidades de veracidad" (21).

Hemos seguido la actividad del profesor Imbelloni a través de algunos sectores de la etnología y la americanística, sin apreciar ni mencionar todos sus volúmenes (en el índice bibliográfico publicado en México (22) se registraban, hasta 1946, 241 publicaciones de su firma, libros, monografías, artículos, conferencias). Hemos descuidado, por ejemplo, el tomo consagrado a la Atlántida (23), escrito en colaboración con un discípulo, más conocido en Europa por la traducción francesa que publicara la conocida "Bibliothèque Historique" de Payot. En 1936 Imbelloni fundó la prestigiosa *Colección "Humanior"*, Biblioteca del Americanista Moderno, con el fin de difundir en los países de la América Latina los fundamentos básicos y la propedéutica de las ciencias antropológicas; la colección ha publicado exclusivamente obras de su firma o de sus discípulos y colaboradores. En esta iniciativa, en sus trabajos de investigación y en la labor universitaria confía el prof. Imbelloni cuando

(21) *Pachakuti, etc.*, pág. 172.

(22) *Bibliografía de J. Imbelloni*, por Benigno Martínez Soler. México, 1945.

(23) *Libro de las Atlántidas* (en colaboración con A. Vivante); Humanior, Sec. C., t. 3. Buenos Aires, 1939. *Le livre de l'Atlantide*, Bibliothèque Historique, Payot, París, 1942.

acaricia las que llama sus "ambiciones". Se trata de dejar un nutrido grupo de discípulos que puedan continuar su obra en los distintos sectores. A este fin ha consagrado la mayoría de sus publicaciones especializadas, con la mira de que encuentren sobre toda cuestión una orientación sólida, sin dejar nada al arbitrio de los planteamientos improvisados o superficiales.

Desde algunos años el Dr. Imbelloni es director del Museo Etnográfico de Buenos Aires. En este cargo, de gran responsabilidad, despliega actualmente su actividad organizadora, que le permitirá ciertamente afirmar la altura e intensidad de los estudios nacionales en las Ciencias del Hombre. Pero toda medalla tiene su reverso, y nosotros lamentamos que su obra directiva no le deje el tiempo indispensable para proseguir la publicación de sus estudios personales con la misma frecuencia de antes, como lo reclamaría el interés de la ciencia, a la que ha aportado tanta energía de innovación, equilibrio y claridad intelectual.

BUENOS AIRES, 25 de noviembre de 1948.

LADISLAO DEZSO